

JUAN BARRAGÁN RELATA LAS GRANDES INTIMIDADES
DE LA POLÍTICA MEXICANA

REVELACIONES DE JUAN BARRAGÁN

UNA CHARLA JUGOSA CON EL GENERAL
Cabrera inventó los viajes de rectificación,
dice el ex jefe del Estado Mayor

DON ADOLFO TAMBIÉN EN LA PLÁTICA
Y dice por qué se levantó contra Carranza en 1920

LA PERSONALIDAD DE BONILLAS

CAPÍTULO I

Todos los pueblos, como los hombres, tienen una historia; una historia que don Francisco León de la Barra, ex presidente de la República, en una carta que tengo a la vista, llama la “historia visible”; pero también tiene otra historia, la “historia invisible”.

Las rupturas en el constitucionalismo

Sin el conocimiento de las historias “visible” e “invisible” no será posible, en el futuro, tener una idea particular y general del desarrollo de la vida de los hombres y de los países.

Quien posea aficiones históricas se detiene de repente ante hechos inexplicables, no porque a ellos falte explicación, sino porque esa explicación ha sido ocultada en la “historia invisible”.

Es por esto tan importante ahondar en la historia “invisible”; descubrir las prioridades de los hombres; encontrar las causas por más profundas que éstas sean. Tarea tal ha sido la de los *Periódicos Lozano* desde que abrieron las columnas de la primera página de la segunda sección dominical.

Los actores de la tragedia mexicana han hablado una y muchas veces de esas intimidades que van constituyendo la “historia invisible”; la correspondencia privada de esos mismos o de otros actores ha venido a dar luz sobre tantos aspectos que eran oscuros. A veces, lo que dicen los actores parecen meros chismes –intimidades sin substancia que debían pasar inadvertidas– pero ya reuniendo ese material, se encuentra uno ante hechos que vienen a ser poderosos auxiliares para la verdad y realidad históricas.

Nada, pues, de tanto interés, como escuchar a quienes participaron directamente en la tragedia mexicana, y sobre todo escucharlos cuando hay quienes, estando interiorizados de una misma situación, pueden rectificar o ratificar los acontecimientos de que se habla.

De lo tanto y tanto que he escuchado de labios de personas que han figurado lo mismo en los puestos primerísimos de la República que en la línea secundaria de una acción militar, mucho ha quedado entre mis apuntes; otro tanto ha sido publicado en los *Periódicos Lozano*; más todavía será publicado.

Ahora, nada más oportuno que dar noticia de la conversación en que tomaron parte cuatro personas que un día, allá por septiembre de 1913, se encontraron reunidas en Hermosillo, Son., y que después hubieron de participar en diferentes grupos políticos y militares rivales y que de nuevo se reunieron para hablar de hechos pasados ante el representante de los *Periódicos Lozano*.

Las cuatro personas a que me refiero fueron: don Adolfo de la Huerta, ex presidente de la República y actual visitador general de consulados; don Alfonso Gómez Morantín, ex secretario del general Francisco Villa y actual director general de Correos y Telégrafos; don Juan Barragán, general y ex jefe del Estado Mayor del presidente Carranza; y un amigo que fue del general Villa.

Conversaban con el representante de los *Periódicos Lozano* los señores De la Huerta y Gómez Morentín, cuando llegó un hombre como de unos cuarenta años de edad, elegantemente vestido, alto, y delgado, moreno, de nariz afilada, de expresivos ojos cafés, usando unos bigotillos como los que llevan los jóvenes atildados.

Saludó el recién llegado a los señores De la Huerta y Gómez Morentín, y a continuación don Adolfo hizo al primero la presentación del representante de los *Periódicos Lozano*. El recién llegado era el general Juan Barragán.

Con el estilo del hombre que está acostumbrado a un gran trato social, el general Barragán lanzó una “pulla” a los amigos que allí encontraba y seguidamente, dirigiéndose al señor De la Huerta, le dijo:

—*Oye, Adolfo, la otra noche estuve en una comida en la que se habló muy mal de ti...*

—*¿De mí? —pregunto sorprendido el ex presidente de la República.*

—*Sí, de ti —confirmó Barragán.*

—*Pero ¡qué raro! —exclamo don Adolfo, agregando—: Pero si no hago mal a nadie... Si no me ocupo de nadie; bien sabes que he dejado de ser político...*

—*Pues con todo y todo, hablaron mal de ti... Te diré quién... —continuó diciendo Barragán mientras que el señor De la Huerta, le miraba desconfiado aunque atentamente—. La otra noche estábamos en el comedor del Hotel Reforma Miguel Acosta, Pani y yo, y fue Pani quién se expreso mal de ti...*

—*¡No podía esperarse otra cosa de Pani! —interrumpió el ex presidente—. Siempre ha sido mi enemigo.*

Barragán, imperturbable, siguió:

—*Sí, y dijo que el otro día te había encontrado en el despacho del general Almazán y que tú le habías dado groseramente la espalda...*

Don Adolfo soltó una sonora carcajada y el ex jefe del Estado Mayor de don Venustiano, comentó:

—*Ya ves no deja de tener sus enemigos... Yo todavía los tengo, y eso es ya mucho decir... Por ejemplo, y digo esto ahora que está aquí un periodista, hace pocos días un fulano a quien tengo ganas de encontrar para darle unos golpes, dijo que yo había sido el inventor de los viajes de rectificación. La verdad es que ya me están cansando con tanto que me achacan... Como si yo hubiese sido el de todo cuando reinaba el carrancismo; como si no hubiera habido otros que me mandaban a hacer... Yo, ciertamente, mandé en viaje de rectificación a René Capistrán Garza y a otro periodista; por cierto que Capistrán y yo hicimos después buena amistad y le hice variados*

obsequios; pero ya que se trata de decir la verdad, diré a ustedes quien inventó lo de los viajes de rectificación.

—Oye, Juanito, te estás excediendo, fíjate que aquí esta un periodista... —observó don Adolfo.

—Bueno, Adolfo, ¿y qué le hace? ¿No alguna vez se tiene que decir la verdad? ¿Saben ustedes quien inventó lo de los viajes? Pues fue Luis Cabrera. ¿Y recuerdan que una vez fui a maltratar al ingeniero Palavicini y que éste me acusó de ser yo un energúmeno y enemigo de la prensa? Pues ahora diré la verdad. Si yo fui a maltratar a Palavicini, fue porque lo ordenó Cabrera.

Barragán, un tanto locuaz, pero simpático y atrayente, iba a seguir hablando, cuando don Adolfo volvió:

—Hombre, Juan, tú tienes fama de mentiroso y el amigo periodista que no sabe la fama que de ti corre va a publicar lo que estás diciendo; vale más que midas tus palabras; acuérdate que el tanto hablar siempre te ha perjudicado —insistió De la Huerta.

—No me importa; no me importa. ¡Algún día se ha de saber la verdad, así es que se sepa desde hoy! —exclamó Barragán y prosiguió—: Sí, a mí me achacan todo lo malo y no me quieren conceder nada bueno. El otro día, Miguel Acosta me dijo que Amaro le había dicho que yo había sido el culpable de la caída de don Venustiano; que a nadie más que a mí se debían los sucesos de 1920, a lo cual le contesté a Miguel: “Mira, Miguel, ve y dile a Amaro que entonces era yo un jovencito, y que me hace mucho honor suponiéndome más grande que don Venustiano, que Cabrera y que tantos otros de los que mandaban entonces...” ¿Ya ven? A mí me achacan todo...

—Pero convéncete Juanito que tú tuviste mucha responsabilidad en los sucesos de 1920... Acuérdate de aquel telegrama que te puse... —intervino sentencioso el señor De la Huerta.

—¿De qué telegrama hablas, Adolfo? —preguntó Barragán.

—De aquel que te envié cuando después de estar urgiéndote para que el señor Carranza resolviera la situación de Sonora, te dije que deberías de dejar los cabarets y las juergas para atender los grandes negocios del país —contestó don Adolfo.

—¡Ah, qué Fito! Pero, ¿qué querías que hiciéramos cuando tú ya eras un rebelde? ¿No te habías sublevado en Sonora?

—No, no es cierto; yo no era un rebelde; yo estaba tratando de conciliar a los grupos en pugna; y ustedes, tú, podían haber evitado la ruptura... Pero lo que dije entonces te lo digo ahora... Todo se te iba en cabarets... —insistió De la Huerta.

—*Ab, qué Fito, hablas tú de los cabarets como de un pecado del carrancismo, como si ustedes, los obregoneros, no hubieran tenido el mismo pecado... ¿Qué me dices de las francachelas de Serrano —que en paz descansen—, de Pancho Manzo, de Juanito Platt y de otros muchos?...*

—*Pero tú sabes, Juan, que yo...* —interrumpió con viveza don Adolfo, agregando Barragán:

—*Sí, ya sé, Adolfo, ya sé que fuiste siempre un gobernante honesto y que siempre te opusiste a esas cosas... Aquí donde quiera lo diré, pero si tú acusas a los carrancistas de cabareteros...*

—*No, Juanito, no exageres; yo no hablo de los carrancistas, sino que hablo de ti... que por andar en los cabarets, como te dije en aquel telegrama, no atendiste al grave problema que teníamos en Sonora* —dijo el ex presidente, a lo que Barragán contestó:

—*Repito, Adolfo, que cuando tú te sublevaste contra el régimen constituido...*

—*Alto, alto, no me sublevé contra un régimen; fue el gobierno de don Venustiano el que desconoció la soberanía del estado de Sonora y nos mandó atropellar e invadió nuestro estado con tropas y nombró arbitraria y anticonstitucionalmente a Pesqueira... No, yo quiero que digas aquí delante de los amigos si es o no cierto que yo hice todo lo que pude hasta el último momento, para evitar el derramamiento de sangre; quiero que tú digas si es cierto o no que yo, como gobernador de Sonora, no di ningún paso en contra del gobierno de don Venustiano sino hasta que éste me mandó atacar; y di si es o no cierto que lo que hizo el gobierno del centro con Sonora sólo se debió a que nos oponíamos a la imposición de Bonilla...*

—*Es cierto todo lo que dices, Adolfo, menos la última parte... Ustedes los obregoneros no tienen nada de qué hablar, porque ustedes no querían la imposición de Bonillas, pero sí la imposición de Obregón. La lograron y luego se arrepintieron, y tú fuiste el primer arrepentido, porque ya viste lo que te hizo...* —arguyó Barragán.

—*No, Juanito, no había tal imposición de Obregón; en esos días Obregón era un hombre popular, mientras que Bonillas...*

—*Pero, ¿qué tienes que decir contra Bonillas?* —preguntó el general Barragán.

—*Pues nomás lo que un día me dijo el mismo don Venustiano, cuando me mandó a una misión a los Estados Unidos, misión que tú bien sabes la importancia que tenía y de la que no es posible hablar hasta ahora. Cuando me mandó a los Estados Unidos, tú también sabes qué me dijo; que no estaba de acuerdo con ciertas cosas de Bonillas, porque éste estaba casado con una americana, porque en su casa no se hablaba español y hasta se decía que había servido al gobierno americano...*

Las rupturas en el constitucionalismo

—Bueno —objetó Barragán—, y si Bonillas, como ustedes dijeron después, era ciudadano americano, ¿cómo es que ustedes lo hicieron ministro de Comunicaciones?

—¿Quién lo hizo ministro de Comunicaciones? —preguntó sorprendido don Adolfo.

—Ustedes, el general Obregón... ¿No te acuerdas que fue el mismo Obregón el que lo recomendó a don Venustiano y quien pidió a éste que hiciera ministro a Bonillas? ¿No te acuerdas?

—No, no me acuerdo; y además debes decir en todo caso que fue Obregón quien lo hizo ministro y no “ustedes”, como dices —dijo el ex presidente.

—Bueno, pues ya no digo “ustedes”; pero sí te digo que Obregón cometió esa inconsecuencia; recomendó para ministro a uno que decían que era americano y después lo combatió porque seguía diciendo que era americano...

—No, Juanito, con nada podrás justificar la imposición de Bonillas...

—¡Como que con nada Adolfo! —exclamó Barragán jovialmente—. ¡Cómo que con nada, pues si dicen que era americano y tratábamos de tratar de estar bien con los americanos!...

El general Barragán soltó una sonora carcajada. Don Adolfo y Gómez Morentín reían también ante la locuacidad y gracia del ex jefe del Estado Mayor presidencial.

—Oye, Juanito, te sigues excediendo. Este amigo periodista puede publicar todo lo que dices y luego... —advirtió nuevamente el señor De la Huerta.

—Que lo publique, hombre; que lo publique; que algún día se ha de tener que decir la verdad; y ya que se habla de verdad, ¿quieren saber por qué teníamos a Bonillas de candidato? Porque teníamos la seguridad de ganar con cualquiera... Mira, Adolfo, don Venustiano creía en el triunfo todavía cuando andábamos ya de “pelada”... Sólo nosotros sabíamos que estábamos perdidos. Tan sabíamos que estábamos perdidos, que caminado por la sierra, iba yo platicando con Montes y con González, cuando vi que a algunos metros delante de nosotros iba Bonillas. Yo iba muy disgustado y les dije a mis acompañantes: “Cuántas ganas me están dando de darle un balazo al pelón ese que es el único responsable de nuestra desgracia”. El pelón no era otro que Bonillas.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 23 de mayo de 1937, año xi, núm. 250, p. 1.